1

ISLAS MALVINAS, FEBRERO DE 1796

Desde el pasamanos del alcázar, Melchor vigilaba las labores que se realizaban en el combés para acomodar en la bodega los toneles que llegaban en la lancha. Había salido hacia puerto Egmont la última expedición a la fuente de agua.

A pesar de los años que llevaba embarcado, era la primera vez que cruzaba el Atlántico. El Mediterráneo había sido su escuela y su vida: un mar rodeado de tierras y de gente, un mar en el que tropezarse con barcos de mercaderes y de pescadores era frecuente. Por el contrario, el Atlántico le estaba pareciendo inmenso e inhóspito.

Desde lo alto del alcázar observó la isla yerma, barrida por los inclementes vientos, que bien podía semejar la metáfora de su vida. Alejado de la familia desde la temprana edad de trece años y arrojado a la vida militar, ignoraba el valor del calor de un hogar, aunque suspiraba por él, como todo marino, pues el mar era celoso y las ausencias tan largas que impedían a los oficiales formar una familia a temprana edad, y algunos no lo conseguían nunca. Era el tercer hijo de un marqués, un marquesado pobre, pero que había podido sufragarle los gastos de la Real Academia de Guardias Marinas. A partir de ahí, sólo había contado con su inteligencia, una hoja de servicios impecable y facilidad de hacer amistades. Los hermanos de armas eran su familia, donde primaba la lealtad y el compañerismo, aunque no siempre: también los había con malas pulgas que buscaban contienda, como si no tuvieran suficiente con la que soportaban en los combates contra los enemigos.

Se hallaban a mitad de camino de su destino: el puerto del Callao. Aprovechando la marea de la mañana, habían partido del puerto de Cádiz el domingo, 22 de noviembre de 1795, con las instruccio-

nes de proteger la costa de Chile. En algo más de dos meses, habían fondeado en las islas Malvinas para realizar algunas reparaciones, llenar los toneles de agua limpia e higienizar las cubiertas con vinagre y lampazos después de semanas de convivencia.

Entrecerró los ojos para protegerlos de la fría brisa y se le formaron un sinfín de finas arrugas. Quien no lo conociera pensaría que la causa de las estrías era la intemperie, pero nada más alejado de la realidad. Desde niño, su mirada celeste había sido risueña y acuosa, reflejo de un alma optimista. No era un hombre amargado por su suerte de segundón, sino un hombre empeinado en cambiar esa suerte a su favor con un carácter forjado en la seguridad de los pasos que daba para que la mudanza se produjera. Las mujeres caían rendidas ante esa mirada amable y amante, envolvente como una caricia, sin percatarse de que resultaba engañosa, escondía otra mirada más ambiciosa, propia de quien desea progresar, que no las incluía a ellas, al menos, hasta que no lograra su ambición. Había estudiado matemáticas, astronomía, geodesia, cartografía y varias ciencias más, luego se había perfeccionado como artillero y amplió los estudios de trigonometría, física y química. Sin embargo, en ese viaje al Pacífico, se enfrentaba a un campo inexplorado y muy amplio: el comercio. Le habían asegurado que, a poco listo que fuera, podía regresar con una buena base para iniciar su fortuna. Había indagado entre los compañeros y le habían facilitado un nombre para conseguir ese fin.

Vio que uno de los pajes, que rondaba la boca de la bodega, se acercaba a la escalerilla y pedía permiso al soldado de guardia para ascender.

—Señor —requirió su atención el diablillo de siete años, bien erguido en su presencia—, el intendente le reclama en la bodega.

Melchor, como oficial de guardia en el puesto de mando, miró a su alrededor y sólo divisó al señor Mier, el primer piloto, que se hallaba en la toldilla a punto de empezar su clase por la hora que era. Todo tranquilo. Abandonó su puesto y siguió al paje hasta la escotilla grande, en medio del combés, y se asomó.

—¡Mire qué desastre, señor Crespo! —exclamó, quejoso, el intendente que llevaba la cuenta del almacén—. ¡Es un sabotaje! Y el dispensero ha desaparecido.

Melchor contempló el dedo de agua en la bodega a causa de la rotura de uno de los toneles que estaban relleno de la aguada.

—¿Por qué dice que es un sabotaje? —se interesó Melchor.

—Por el corte. Es limpio, no astillado. Con un hacha —explicó el intendente.

—Señor Ramírez —se dirigió al contramaestre—. Solucione el asunto y ponga dos hombres a ayudar hasta que termine la aguada.

Melchor se retiró escamado. La acusación del intendente era grave. El agua era vital y cualquier marinero o soldado era consciente de su importancia.

—¡Señor Crespo! ¡Es el piloto Mier!

Alzó la cabeza hacia la toldilla, desde donde lo reclamaba el guardiamarina Montiel, visiblemente alarmado. Subió ligero. Los pilotos menores y los guardiamarinas lo aguardaban a la puerta del camarín del primer piloto. Se asomó y halló al señor Mier tendido en el suelo e inconsciente.

—Andújar, avise al comandante —ordenó a uno de los guardiamarinas. El asunto no sólo era grave, sino también incomprensible. Y justo en su guardia, unas guardias que transcurrían sin sobresaltos desde que habían fondeado en la bahía de isla Soledad.

Se arrodilló y buscó el pulso del piloto, que, afortunadamente, seguía latiendo. El comandante Valcárcel no se demoró, se agachó preocupado y agitó al hombre desmayado.

—¡Señor Mier! ¡Espabile! Ya recobra el conocimiento. —La voz grave de Fernando María Valcárcel se abría paso entre las brumas de la mente del piloto—. ¡Cuánto tarda el señor Aramburu! —Mostró su impaciencia el comandante.

—Ya viene por el alcázar, señor —informó el guardiamarina Montiel.

—Despejen el lugar —ordenó Valcárcel.

Mier abrió los ojos e intentó incorporarse en el momento en que el médico del Montañés entraba en la cabina.

—¡No se mueva! —ordenó el señor Aramburu, y dejó el maletín sobre el suelo al tiempo que se arrodillaba junto a él.

El médico realizó una rápida inspección de la cabeza y le examinó los ojos. Lo ayudó a incorporarse con cuidado y le indicó que

apoyara la frente sobre las rodillas, por si acaso se mareaba mientras lo lavaba y le curaba la herida. Melchor ignoraba cuánto tiempo Mier había permanecido sin sentido, lo que tardó en bajar y regresar del combés. Observó el desorden de la cabina. En la puerta se asomaban los alumnos a la espera del derrotero que tomarían los acontecimientos.

—¿Ha visto quién lo ha atacado, señor Mier? —preguntó el comandante Valcárcel, cuya corpulencia llenaba el espacio y dificultaba la labor del cirujano.

—No, señor. Me hallaba inclinado ante el baúl —explicó el hombre entre muecas de dolor, pues Aramburu, tras limpiarle la sangre, había pasado a vendarle la cabeza.

—En cuanto sea posible, investigue qué falta —ordenó Valcárcel, y, pensativo, añadió—: Por el desorden, es obvio que el atacante buscaba algo. La cuestión es si lo ha encontrado. Señor Crespo preséntese en mi camarote con la lista de los hombres que permanecen en el barco y cerciórese de si falta o ha faltado alguien en algún momento. Quiero esto solucionado antes de que embarque el resto de la tripulación.

Por suerte, la mayor parte de la infantería de marina se hallaba en tierra, además de los encargados de realizar la última aguada, bajo el mando del teniente Anievas.

Aramburu terminó el vendaje, recogió sus ungüentos y recomendó a Mier que se tomara el resto del día con tranquilidad y que, si se mareaba o le acometían las náuseas, lo buscara. Se despidió de los presentes y volvió a la profundidad de la nave, donde se hallaba la enfermería.

Los compañeros de Mier, los pilotos Calderón y Terán, ayudaron a aquel a poner orden mientras los guardiamarinas se retiraban a disfrutar de la hora libre. Melchor tomó la hoja de los permisos y recorrió la nave junto con el contramaestre Ramírez. Preguntaron por los hombres a los oficiales de cada palo. Faltaban dos: Simón, el dispensero, y un marinero, Tadeo.

El chirrido de los cabrestantes a pleno rendimiento le indicó a Melchor que el teniente Anievas había retornado con la aguada y los infantes. Con la ayuda del guindaste, los hombres trasladaban los toneles de agua desde las barcazas hasta depositarlos en la bodega a

través de las escotillas. Se encaminó al camarote del comandante y un paje lo anunció. Llevaban unos minutos conversando cuando se presentó el primer piloto.

—¿Y bien, señor Mier? —indagó Valcárcel, prestándole atención.

—Echamos en falta el cuaderno de señales, señor.

—¿Para qué diantres dos marineros necesitan ese cuaderno en este erial?

—Contiene información confidencial, mi comandante —recordó el piloto.

—No resto importancia al robo, señor Mier. Lo comprendería si hubiera tenido lugar en un puerto importante, pero ¿en una isla despoblada? Eso es lo que me desconcierta.

—Entiendo que han sido dos las personas.

—¡Ah, sí! El dispensero y un marinero son los que faltan por ahora, si no ha habido algún equívoco. En cuanto embarquen los que han bajado a tierra, obtendremos la confirmación, organizaré la búsqueda de los ladrones y daré parte de la incidencia al jefe de escuadra, al señor Álava. Creemos que los dos hombres accedieron a la toldilla por las jarcias, pues los dos soldados que custodiaban la escalerilla al alcázar no han visto nada extraño ni han permitido el paso a nadie desautorizado. Y el asunto del sabotaje en la bodega ha sido una distracción para el oficial de guardia, de lo que no le considero responsable, señor Crespo, dada la circunstancia de hallarnos fuera de peligro. Bien, caballeros, por el momento nada más se puede hacer. Retomen sus obligaciones.

Melchor cedió el paso al piloto herido y salieron al alcázar, donde imperaba un desbarajuste bien organizado. Sin mediar palabra entre ellos, se dirigieron a la aleta de estribor para observar el puerto fantasmagórico de Egmont.

Había sido habitado por españoles, franceses e ingleses, pero lo habían abandonado ante la imposibilidad de mantener una colonia establecida a la que había que suministrar alimento todo el año. Isla Soledad. Sólo quedaban los alojamientos medio derruidos que servían de refugio a animales asilvestrados y a balleneros y cazadores de focas, los únicos que se arriesgaban en aguas tan australes. Los barcos que se aventuraban a dar la vuelta al cabo de Hornos y se detenían

para abastecerse de agua eran escasos y, preferentemente, españoles, que estaban obligados a mantener el servicio entre los virreinos americanos.

Melchor dedujo que la acción de esos dos locos resultaba incomprendible. Se arriesgaban a morir de hambre en ese paraje agreste por un cuaderno de señales con datos sobre los puertos de los virreinos. El comandante Valcárcel tenía razón: había mejores oportunidades en tierra firme, en cuanto llegaran a Talcahuano, Valparaíso o Callao.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó al primer piloto.

Era un hombre muy joven para el puesto que desempeñaba. Entre los oficiales se comentaba que tenía una mente privilegiada. Era de estatura media, moreno, de rostro anguloso y piel curtida. Provenía de una familia acomodada de comerciantes transoceánicos, y ese era el hombre que había despertado el interés de Melchor, a quien el incidente le iba a facilitar una amistad que podría resultar muy beneficiosa.

—Estaré mejor en cuanto el dolor de cabeza me dé un poco de tregua. Ya salen los expedicionarios. ¿Qué opina sobre el robo, señor Crespo?

Los hombres habían terminado de asentar la tonelería y la marinería seleccionada descendía a ocupar sus puestos a los remos de las chalupas que los acercaría al puerto. La escuadra de Álava llenaba la abrigada bahía. Estaba compuesta por tres navíos de línea: Europa, a cargo del comandante don Isidoro García de Postigo, y que lucía el gallardete de buque insignia; San Pedro Apóstol, comandado por don Ángel González, y el Montañés, bajo el mando del señor Valcárcel. Y dos fragatas: Nuestra Señora del Pilar y Fama. Habían permanecido fondeados casi una semana, tiempo suficiente para que el Montañés reparara el mastelero de velacho y la cofa desempernada.

—Es muy extraño el lugar que han escogido. Es el ideal para cogerlos desprevenidos, porque aquí sólo esperas que el peligro venga por el mar.

—¿Se ha internado en la isla, más allá del puerto, señor? —Ante el asentimiento de Melchor, el piloto prosiguió—: ¿Cuánto tiempo puede pasar hasta que aparezca un barco? Y que sea una bandera amiga; aunque, si no fuera así, ¿emplearán el cuaderno para negociar?

—No tienen nada en el momento en que pisen una cubierta amiga o enemiga —replicó Melchor—; hasta el último cabello de un hombre pertenece al capitán.

—En ese caso, señor, colijo que estamos en un aprieto —susurró Mier—. Esos hombres no actúan solos, sino comprados por una inteligencia que sacará beneficio de la información que contiene ese cuaderno.

—Cádiz está lleno de espías de todas las potencias que buscan nuestra ruina —dedujo Melchor—. Esos dos traidores confían en que los recogerán en cuanto nos marchemos. La cuestión es a qué potencia se han vendido: ¿portugueses, ingleses, holandeses o franceses?

—¿Cómo explica que unos marineros que no saben escribir su nombre reconozcan el libro de señales entre otros? ¿Y cómo llegaron a la toldilla, un lugar reservado a los oficiales, sin ser vistos por los soldados de guardia? Lo de trepando por las jarcias, debe disculparme, señor, pero no me convence.

—A mí tampoco —aseveró Melchor con rotundidad—. ¿Por qué asegura que sabían leer?

—Estaba junto a otros cuadernos que guardo de mi anterior viaje por estas aguas.

—¿Ya había realizado una travesía transoceánica? Para mí es la primera.

—Fue un golpe de fortuna. Todavía era segundo piloto, aunque sólo contaba con veinte años y me consideraban demasiado joven para semejante responsabilidad.

—Sigue siendo joven para lucir el uniforme de primer piloto —inició Melchor—. ¿Cuál fue el mérito?

—Estudiar mucho y poner empeño en aprender —reconoció Mier con humildad—. El acompañar a los comandantes Malaspina y Bustamante en su expedición científica fue una experiencia única. Me embarqué en la corbeta *Atrevida*, comandada por Bustamante. Cinco años duró la expedición. Realicé la inspección de isla Soledad junto a uno de los oficiales de la *Atrevida*, Dionisio Alcalá Galiano. Entre los dos la cartografiamos a causa de la situación estratégica, ya que desde aquí se controlan los pasos del Atlántico al Pacífico: el estrecho de Magallanes y, más al sur, el mar de Hoces, cuya entrada se-

ñala el cabo de Hornos. Alcalá Galiano conocía muy bien estas islas, pues pasó dos años al mando de un paquebote que las vigilaba para que no fueran ocupadas por ingleses o franceses, como ya había sucedido en más de una ocasión.

—Y en esos cuadernos usted ha reunido todas esas disciplinas y experiencias vitales. Sí que son un tesoro —confirmó Melchor—. ¡Cinco años! —Lanzó un silbido de admiración—. Espero que no transcurra tanto tiempo en este viaje. El teniente Anievas me ha comentado que serán unos dos años.

Una ligera brisa barrió la cubierta y ambos se subieron el cuello del casacón. Era verano en el hemisferio sur; sin embargo, se hallaban tan próximos a la Antártida que la temperatura había bajado.

—Sí. Es el cálculo que hemos realizado todos —ratificó Mier.

2

CANTÓN, OCTUBRE DE 1796

Francisca recorrió el sendero que conducía al porche de su casa, salvó los tres escalones con ligereza y se descalzó antes de entrar. Reconocía que era una de las costumbres chinas que más disfrutaba. Severino había sido muy estricto en cuanto a la observancia de algunos hábitos indígenas, y ella elogiaba la inteligencia de su marido: la mosquitera no faltaba en el lecho, el agua se hervía y así un sinfín de normas higiénicas. Francisca reconocía esos hábitos en su madre, y rara vez algún miembro de la familia había sucumbido a las fiebres.

En alguna ocasión, con permiso de las autoridades chinas, habían viajado al interior del país, y Francisca había descubierto una civilización sofisticada en su artesanía, en sus manifestaciones artísticas, en sus logros científicos y en su filosofía. Los chinos habían ganado su respeto, y consideró que eran necios los factores que despreciaban una cultura diferente.

Cantón era una ciudad populosa y comercial a causa del puerto. El Gobierno cantonés había cedido unos terrenos junto al río principal para que los agentes de las casas comerciales europeas se asentaran, y lo llamaban «el distrito de las trece factorías». Se habían erigido grandes almacenes y edificios alargados con balcones corridos que cobijaban soportales de columnas finas. Y ventanas, muchas ventanas para que corriera el aire y con vistas al río. Las casas particulares eran mansiones, construidas con materiales ligeros y rodeadas de exuberantes jardines. No se viviría mal si no fuera por la ausencia de la vida social, que se desarrollaba en Macao. Las escasas reuniones cantonesas servían para obtener noticias y cerrar negocios, por lo que se convertían en una prolongación del trabajo.

Entró en el vestíbulo y, mientras se quitaba el sombrero, se acercó la silenciosa Fei para hacerse cargo de la sombrilla y del sombrero. La sociedad china era muy compleja, y Francisca, consciente de ello, había pedido auxilio a su socio comercial, Jian Zhou, quien le había enviado a esa imprescindible mujer. Fei dirigía al resto de empleados, le enseñaba a ella costumbres y palabras en chino y servía de enlace con Jian Zhou.

Jian Zhou era un sangley —como denominaban los manileños a los chinos residentes en Filipinas—, hijo de chino y de filipina, al que Francisca conocía desde niña, a pesar de la distancia social que los separaba, pues los chinos y los españoles no se relacionaban. El padre de Jian lo había enviado a educarse a Cantón para que no perdiera el contacto con los suyos. La situación le vino a Francisca como anillo al dedo, ya que contaba con un buen amigo en un territorio desconocido.

Fei se retiró como una sombra y Francisca se encaminó al despacho. No era sólo de su marido, pues ella se encargaba de la burocracia y de la contabilidad de puertas adentro. El resto de los factores ignoraba el papel que Francisca desempeñaba en los negocios de Severino. Su marido, como agente, era escrupuloso con sus clientes y en el cierre de los tratos, que nunca delegaba en subalternos; como esposo era atento y considerado, culto e inteligente, con unos criterios firmes que le impedían someterse a los dictados sociales a ciegas, aunque Francisca sospechaba que la edad influía, pues era quince años mayor que ella.

Y en esas normas sociales entraba Francisca, una mujer que se aburría y echaba de menos la colaboración que había mantenido con su padre y la fabricación de perfumes cuando estaba soltera. No se había atrevido a plantárselo a Severino, consciente de que su interferencia no habría sido bien vista por los empleados ni comprendida por los compañeros de oficio.

Todo cambió una noche que no podía dormir y había entrado en el despacho privado que su marido había organizado para trabajar en casa, además del escritorio que había en los almacenes, donde recibía a los proveedores y clientes. Se había sentado a la mesa del contable, el único empleado que tenía acceso a la casa, un individuo de apariencia anodina, cortés, obediente y callado, y, por

inercia, había empezado a hojear los libros con largas listas de nombres y cantidades que había alineados sobre la mesa. Hastiada, los había dejado de lado y se había dedicado a abrir los cajones y a curiosear lo que había en ellos. Le había llamado la atención que no hubiera ningún objeto personal cuando los factores presumían de familia o de origen, ya fuera peninsular o virreinal. En el último cajón había palpado una bolsa de terciopelo, y en cuanto la había cogido había adivinado el contenido. Y así había sido como había descubierto que el contable recibía sobornos de los proveedores de Severino, quien no había tardado en despedirlo.

Severino, ante la necesidad de que alguien de confianza le echara una mano, había claudicado y había permitido que Francisca, desde la clandestinidad de la casa, llevara la contabilidad y fijara los precios de las mercancías según la normativa del Cohong, el gremio que ejercía el monopolio e imponía los precios abusivos en plata con el consentimiento del emperador Quianlong, quien había restringido al puerto de Cantón el comercio de especias, té y seda con los occidentales.

La implicación de Francisca en los negocios la había acercado más a su marido, y la diferencia de edad se había acortado por un sentimiento de respeto mutuo. Aun así, no se había decidido a revelar su pequeño secreto, el diseño de joyas, pues conocía la avaricia de los comerciantes, por honrados que se presentaran. Se aprovechaban de cualquier resquicio para abrir una brecha, y de ahí a un agujero había un paso, y, si se añadían las lenguas sueltas por el alcohol en las reuniones entre ellos, el agujero podía convertirse en una avenida. El pequeño negocio que Jian Zhou y ella se traían entre manos era muy delicado y podía irse al traste ante cualquier abuso o indiscreción.

La mente de Francisca regresó del recuerdo y se concentró en la lista que Severino le había entregado. Era una relación de lo que contenían los fardos que iban a embarcar con destino a Cádiz, a través de los océanos Índico y Atlántico. Habían arribado a Cantón dos bergantines gaditanos, fletados por la Casa de Ustáriz. Desafiando a sus enemigos —ingleses, holandeses y portugueses—, se habían aventurado por la ruta del cabo de Buena Esperanza, y, si lograban volver sin novedad, los réditos se multiplicarían al no haber pasado

por el cedazo de los almaceneros de Acapulco. Severino vaticinaba que el tiempo del monopolio del Consulado de Filipinas con Nueva España llegaba a su fin.

Francisca se aseguró de que cada lista tuviera sus tres copias: una viajaría con el propio fardo, otra sería para el consignatario de la casa que viajaba en las naves y la última se la quedaban ellos. Las tres listas, una vez comprobadas, serían firmadas por el consignatario, por Severino y por el funcionario de turno. Había un total de veinte fardos con sedas, algodones, especias y complementos de Carey y dieciséis cajones o arcones con porcelanas bien acolchadas. La apuesta era seria por la peligrosidad del trayecto, pero la Casa de Ustáriz había cuidado los detalles. El bergantín era un barco con una capacidad de carga regular, pero más que suficiente para un pequeño grupo de fletadores, y contaba con la ventaja de tratarse de una embarcación ligera y rápida para huir ante cualquier eventualidad. Desde hacía años, los bergantines y las goletas se empleaban como naves correo por esas características. Severino había depositado una gran esperanza en que se mantuviera la ruta abierta, pues aventajaba en tiempo a la transpacífica.

La llegada de Severino la interrumpió. Vivían solos y no se cerraban las puertas. Escuchó los pasos fuertes y rápidos que se acercaban al despacho.

—¿Cómo ha ido la mañana? —se interesó él en cuanto la vio. Se acercó y le depositó un beso húmedo sobre la frente—. ¿Lo tienes? —Por respuesta, Francisca le entregó los pliegos—. ¡Perfecto! Me voy al almacén. Los bergantines deben zarpar al atardecer para ampararse en la noche hasta que alcancen mar abierto. Las islas de la desembocadura son el apostadero favorito de los piratas. Los dos capitanes me transmiten confianza; conocen estos mares.

—¿Te espero para cenar?

—Sí. En cuanto despache con el funcionario del distrito y el consignatario del bergantín, habré terminado.

—Sólo podemos rezar —comentó Francisca, con una sonrisa de satisfacción.

La vida del comerciante a larga distancia era un sinvivir, siempre en manos del destino, pues nunca dependía de los esfuerzos ni de los cuidados que procurase el mercader para que el negocio pros-

perase: un año nadaba en la riqueza y al siguiente se hundía en la pobreza. De ahí, la importancia de la previsión cuando salía bien, y Severino, para alegría de Francisca, era un hombre previsor que prefería diversificar las inversiones. Aun así, la pérdida de una carga suponía un contratiempo importante.

—En mar abierto será complicado que los avisten —la tranquilizó Severino—, hasta que se aproximen a la Península, donde de nuevo correrán peligro.

Severino era de talla media, y se mantenía delgado y ágil gracias a que no se excedía en la mesa. Malagueño de nacimiento, vestía a la europea, aunque sus ropas eran ligeras y estaban confeccionadas con las telas de lino y algodón, y prescindía de forros y otros adornos. La peluca había quedado relegada a las reuniones elegantes en Macao, a las que acudía con disgusto, y raramente se la ponía en Cantón.

—Lo celebraremos esta noche —prometió Severino. Se fue, animado, con los documentos bajo el brazo camino del despacho del almacén.

Francisca se levantó y llamó a Fei. Aprovecharía la ausencia de Severino para practicar la defensa personal, un tipo de lucha que practicaban los chinos, tanto hombres como mujeres, y que Jian Zhou le había recomendado que aprendiera. Al principio le había parecido grotesco, pero cuando Fei, siendo más menuda que ella, la había derribado con facilidad, se había aplicado en el aprendizaje, y había resultado más gratificante de lo que esperaba, una vez superada la vergüenza de vestir el pantalón y la camisola holgada de los indígenas. Le había costado superar la frustración del principiante, llena de moratones, hasta que había aprendido a caer. Los movimientos pausados y seguros de Fei la espoleaban a seguir intentándolo. Si una mujer menuda y de más edad podía, ella también.

La relación con Fei había sido extraña desde el primer día. Ninguna hablaba el idioma de la otra, y, a pesar de ello, se comprendían. Había sido el matrimonio el que se había adaptado a las costumbres de Fei, a la higiene y a las comidas, aunque no a todas. Francisca había introducido variaciones occidentales en la medida de lo posible. La boca de Fei era muda por el desconocimiento del español,

pero sus ojos y sus ademanes lo hablaban todo. Francisca se había percatado de la capacidad de observación de la mujer, por la rapidez con la que se adelantaba a los deseos del matrimonio: los conocía mejor a ambos que ellos a Fei.

Pasaron el resto de la tarde en la habitación que habían despejado para los ejercicios. Francisca hubiera preferido el jardín, pero la presencia del contable y la posibilidad de que Severino acudiera acompañado no lo aconsejaban. Cuando el contable desapareció de la casa, conservaron la costumbre.

Cayó la oscuridad y Fei dejó a Francisca para comprobar cómo iba el trabajo en la cocina. Entre tanto, ella se lavó y se vistió para cenar. Severino se retrasaba. Francisca estaba acostumbrada a las impuntualidades: el negocio era el que marcaba el ritmo de la vida.

Entró en el salón, decorado al gusto chino y bien iluminado. Era complicado y muy caro amueblar la casa con la comodidad europea, y existía el peligro de que las riadas se la llevaran durante los monzones. Esa era una lección que había aprendido desde niña en Manila. En más de una ocasión, las aguas habían arrasado con poblados enteros; y cuando no eran las lluvias, eran los terremotos. La inseguridad ante una naturaleza desatada los obligaba a vivir el día a día y a emplear el dinero en asuntos más productivos que la mera ostentación.

Acababa de servirse una copa de Oporto cuando oyó voces alteradas en el pórtico de entrada. Se acercó a la puerta, sabiendo que Fei no comprendía el español, y se tropezó con una extraña comitiva: Aquiles Robles, Juan Ruiz, factores de la Real Compañía de Filipinas y su hermanastro Esteban cargaban con una camilla improvisada con un par de levitas y dos varas de medir las telas.

—¡Severino! —Reconoció a su marido en la figura yacente. Se le resbaló la copa de las manos y se estrelló contra el suelo. Acudió al lado de su marido y le tomó la mano, mientras los hombres avanzaban hacia la alcoba: estaba caliente, tenía pulso.

—¡Avisad al galeno del distrito! —ordenó Esteban.

—Lo he encontrado en el callejón, al lado del almacén —explicó Robles, aunque ella no escuchaba—. Lo han acuchillado.

Francisca se serenó al comprobar que había esperanza y reaccionó. En lugar de enviar a buscar al galeno borracho, indicó a Fei

que trajera a un médico chino. La mujer entendió y salió como un suspiro.

Los hombres depositaron a Severino en el suelo, donde ayudaron a desnudarlo y a lavarlo para dejarlo sobre la cama, cubierto por una sábana que duró poco tiempo limpia para mayor angustia de Francisca, consciente de que cada minuto era importante.

—¿Dónde se habrá metido Canalejas? —rezongó Robles.

—En cualquier taberna —replicó Esteban, molesto—. Y a ver si llega en condiciones.

—Por eso no se preocupen —atajó Francisca—. No le confiaré la vida de Severino a un borracho. Necesita una mano firme que lo cosa.

—Ha perdido mucha sangre, y no sabemos si la cuchillada es limpia —indicó Esteban, su hermanastro.

—No pienso rendirme —dijo Francisca, pálida, pero con convicción. Se preguntó qué hacía ahí Esteban, pero no era la ocasión de enzarzarse en rencillas familiares.

Fei llamó con los nudillos a la puerta y Francisca le hizo un gesto para que pasara. Un cantonés de edad indefinida, vestido en sedas, con un bonete negro y seguido de un criado que cargaba un pequeño baúl entró en la estancia. Los señores le abrieron paso, y se acercó al herido. En silencio, presenciaron cómo examinaba el cuerpo tendido; palpó algunas partes cercanas a la herida, por la que se le iba la vida, y negó con la cabeza. Ruiz, que hablaba un poco el cantonés, preguntó y el chino señaló una zona más amplia a la de la herida y dijo una palabra.

—Sangre —tradujo el factor—. Además de la que ha perdido, se le ha acumulado dentro. No sirve de nada coserlo, debe de haberle afectado el hígado o el riñón. Sólo queda rezar.

A Francisca se le vino el mundo encima. Apretó los labios en un esfuerzo por contener el llanto. La lividez de Severino se acentuó y el pulso fue ralentizándose hasta que no fue posible hallarlo. Se mantuvo a su lado, contemplándolo con la esperanza de que recobrase la consciencia y pudieran despedirse o que él señalara al asesino; sin embargo, en ningún momento recuperó Severino el conocimiento. El médico chino sacó un espejo, lo acercó a los labios para comprobar la muerte, se dio media vuelta y se dirigió a Francisca. Dijo unas

palabras, se inclinó, respetuoso, y abandonó la habitación seguido por el criado que portaba el baúl.

A partir de entonces, Francisca conoció un dolor diferente al físico, un dolor más profundo que emanaba del corazón. Era cierto lo que decían: el corazón dolía. El llanto manó sin control. No le importó que la vieran los hombres, porque la realidad se había borrado para ella. Ahora eran ella y Severino, allí postrado, lívido, tan lleno de vida unas horas antes cuando se habían separado sin reparar que sería la última vez que se veían, el último beso al que no correspondió, sumida en los papeles. ¿Tan importantes eran como para no haberlo abrazado? Y el llanto no cesaba. Acudió a su mente el recuerdo de cuando se conocieron por casualidad, pues él vivía entre Macao y Cantón, donde desarrollaba su negocio como agente comercial para varias casas españolas, mientras que Francisca vivía en Manila, en casa de sus padres. Severino se había desplazado a Manila por alguna cuestión del navío a Acapulco y su padre sirvió de intermediario ante el Consulado de Cargadores. En aquellas fechas, Francisca cumplía diecisiete años. Era una joven delgada, bien formada, con la inteligencia del padre y la belleza de la madre: morena, ojos pardos, de nariz recta, cejas arqueadas y labios generosos. Don Pedro organizó una fiesta para homenajearla a la que invitó a Severino. Para él fue un flechazo; para ella, una buena opción, a pesar de los quince años de diferencia, ya que Manila sólo le ofrecía funcionarios y pobretones que husmeaban una buena dote.

Dios no los había bendecido con hijos, y Francisca —aunque las esposas de los factores se quedaban en Macao hasta que comenzaban los monzones y regresaban los maridos— había decidido acompañar a Severino a Cantón. Pasada la novedad del primer año en la ciudad china, en la segunda temporada se había visto fuera de lugar, ya que no había mucha vida social para una mujer, pero lo prefería a permanecer en Macao con el resto de las mujeres y vivir rodeada de cotilleos y de niños llorones. No se arrepentía de ninguna de las decisiones que había tomado. Severino la había hecho feliz. La voz de su hermanastro la devolvió al presente, el doloroso, no el feliz.

—Te ayudaré con los trámites del entierro —se ofreció Esteban—. No estás sola.

Francisca recuperó el resuello y se enjugó las lágrimas, aunque estas eran obcegadas; ignoró el ofrecimiento de Esteban y se interesó por la causa del asesinato.

—¿Qué ha sucedido? ¿Se conoce al agresor?

—No comprendemos la razón del asalto —contestó Robles, uno de los empleados del almacén—. No llevaba nada de valor ni había gran cosa en los almacenes, pues los bergantines ya habían zarpado hacia España.

—Estaba muy cerca del almacén, por eso lo encontramos —comentó Ruiz.

—Hacer desaparecer un cuerpo en esta ciudad del infierno es fácil —observó Robles—. Querían que lo halláramos. ¿Quién guarda tanta inquina a la Casa de Puig? Parece una venganza.

—¿Y un borracho? Los ingleses recorren las calles con gran alboroto —sugirió Esteban.

Francisca no contestó a una idea tan estúpida. El distrito extranjero estaba vigilado.

—Porque Cantón no es una ciudad segura, nos guardamos de ello —convino Robles—. Severino estaba junto al almacén. Allí no había nadie. Un ataque rápido, tan rápido que el asesino no aguardó a verlo morir, y a nuestro director no le dio tiempo a pedir auxilio. Lo habríamos oído.

—Y no ha habido robo —insistió Ruiz.

—Señores... —Francisca, cansada de escuchar lo que no deseaba oír, los despidió—: Ahora eso ya no importa. Desearía estar a solas con él.

Los factores se disculparon por la falta de tacto y se encaminaron hacia la salida. Esteban se retrasó.

—Me ocuparé de todo. Mañana vendré con un ataúd. Indagaré si hay algún sacerdote en el distrito, pero creo que católico no. ¿Igual prefieres enterrarlo en Macao?

—Los cuerpos se corrompen enseguida con el calor —dijo Francisca, a la que le quedaba algo de sentido común—. Algún capitán de barco podría officiar el entierro.

—Preguntaré. Hasta mañana.

Francisca se aproximó al lecho y tomó la mano fría y fina de su marido. No estaba dañada. ¿Conocía al agresor y por eso no se

había defendido? Permitió que la pena la inundara de nuevo y las lágrimas, inagotables, escaparon silenciosas. Los recuerdos volvieron a rodearla. Severino había puesto mucho empeño en conquistarla en el día a día, y lo había conseguido. El mero hecho de pensar que ya no lo tendría más a su lado, que le faltarían su aliento, su ánimo y su optimismo, le desgarraba las entrañas. Sólo disponía de esa noche para el duelo, y se preguntaba cómo iba a reponerse de semejante pérdida. En cuanto saliera el sol, sería una viuda triste, pero había de ser fuerte. No tardarían los buitres en volar sobre ella. Pensó en todo lo que se encontraba en juego: la empresa de Severino y también su propio sueño desde que se había sentado en el despacho de su marido, encargándose de los libros y los contratos. Le vino a la mente el contable. Debía averiguar dónde se hallaba. ¿Sería el asesino? Habría podido acercarse sin levantar sospechas y asestarle las cuchilladas por venganza.

No lo vio, pues sus ojos no se apartaban de Severino; lo sintió. Se giró y su mirada rota se cruzó con la de Jian Zhou. Seguía siendo el joven esbelto que recordaba, con el cabello trenzado y cubierto por un bonete de seda, e igual de inexpresivo que Fei, si no fuera por la mirada oblicua que delataba la vida interior de su dueño.

Jian Zhou reparó en la solitaria tristeza de Francisca bajo el dintel de la puerta. No se atrevió a invadir la intimidad de la mujer occidental. En cuanto hubo llegado el mensajero enviado por Fei, se había adentrado en el distrito de las factorías sin dudarlo. Francisca era su secreto y su mejor inversión.

La había conocido en Manila. Pedro Muñoz, acompañado de su hija de catorce años, había entrado en el almacén de los Zhou, situado en el Parián chino, para cerrar un acuerdo tanto de transporte como comercial. La casa Zhou contaba con una flota de barcos propia y el señor Muñoz buscaba una mejor rentabilidad a sus compras en Cantón que la que le ofrecía el Consulado de Filipinas.

Mientras los dos comerciantes alcanzaban un entendimiento, la hija de Muñoz deambulaba aburrída por el almacén sangley. Y así había encontrado a Jian, inclinado sobre la mesa de trabajo, sobre la que diseñaba las joyas con el arte que había aprendido de la fa-

milia filipina de su madre. Sin mediar palabra, Jian se había percatado del interés que había despertado en la joven, unos años menor que él. Sin hablar, Jian había esparcido sus diseños y le había mostrado una de las joyas que había ejecutado según el dibujo. Se trataba de un complejo tocado en oro que las mujeres chinas lucían sobre el recogido de pelo. La joven había observado, igualmente muda, lo que le había enseñado y, cuando su padre la había llamado, se había retirado. Días después, un criado le había entregado unos diseños de joyas occidentales, de esas que los españoles llamaban joyeles y servían para adornar o para sujetar velos, mantones o cualquier otra ropa para evitar que se escurriera: unas eran un simple lazo y otras mostraban un diseño más complejo, con formas de pájaros y de tortugas. No estaban firmadas, pero, en Manila, los sirvientes de las casas principales eran sobradamente conocidos.

Jian lo había sentido como un reto y, a espaldas de su padre, en sus ratos libres, había trabajado los diseños y las filigranas en cobre, pues el oro y la plata eran demasiado valiosos para el experimento. Había sustituido las piedras preciosas por cristales de colores producidos en Nagasaki cuyo efecto era el mismo. Estaba orgulloso de su tortuga creada, y se la había enviado a la joven en agradecimiento por el gesto. Recordaba la impresión que le había causado el que la tortuga le hubiera sido devuelta con una nota: «¿Hacemos negocio?».

Y así había empezado uno de sus secretos, porque a ese lo habían seguido otros tan lucrativos como la venta de joyas falsas. La astucia y el éxito del asunto había residido en venderlas como falsas —no había engaño ni ilegalidad—, pero la rentabilidad era más alta que la que proporcionaba una joya auténtica y sin correr el riesgo de robo. Los materiales eran baratos y no requerían una gran inversión; el mayor coste era el trabajo del orfebre, y recaía en él mismo, mientras que Francisca se ocupaba de la comercialización. Lo más curioso había sido que, durante años, habían conservado el anonimato: ni siquiera los respectivos progenitores se habían enterado de la alianza ni del comercio que se traían entre manos.

Con las primeras ganancias, Jian había adquirido una casa en Binondo, el barrio de los sangleyes, mestizos y cristianos, y montó un taller clandestino, en el que trabajaba en sus horas libres, sin ayu-

dantes que pudieran delatarlo. Por otro lado, la audaz joven había convencido a su padre para que le permitiera disponer de un pequeño espacio en los fardos que enviaba la Casa de Muñoz en el navío a Acapulco. Francisca era perfumista y entre sus perfumes viajaban, apretadas, las joyas falsas para ser vendidas en el almacén de su tío Virgilio, hermano de su madre, en Ciudad de México, a espaldas de su familia en Filipinas.

La sorpresa para Jian había llegado de la mano de su padre cuando, contra la regla establecida, había decidido enviarlo a Cantón para que terminara su formación junto a un tío cantonés. Los chinos afincados en Manila se amancebaban con filipinas, pero nunca las llevaban a China, ni tampoco a sus hijos. La sociedad china era muy racista y estaba dividida en etnias. Su padre pertenecía a la etnia *han*, la más extensa y populosa; sin embargo, la etnia reinante era la *manchú*, que los oprimía ante el temor de una rebelión y los alejaba de los puestos administrativos.

La razón de esa decisión, que lo beneficiaba, había sido la muerte de la familia de su tío durante una epidemia de tifus. Los dos hermanos Zhou se habían quedado sin descendencia china para dirigir el negocio. El que Jian conservara los rasgos chinos de su padre más acentuados que los filipinos de su madre y el que destacara sobre los hermanos por su inteligencia y por la facilidad de aprendizaje —hablaba el español y el tagalo y se defendía con el cantonés— fueron factores que inclinaron la balanza a su favor. A los veinte años se había embarcado hacia Cantón y a los pocos meses hablaba el mandarín y el cantonés con soltura. Su tío lo había introducido en el complicado y ancestral monopolio comercial que mantenían con los occidentales, además de otras actividades propias de un *han*, como la práctica de las artes marciales y la filiación a la sociedad secreta del Loto Blanco. Jian se sentía orgulloso de que el color de su piel no fuera tan oscuro como el filipino y hubiera sido aceptado como un chino más.

A pesar de la distancia, Jian siguió adelante con la fabricación de joyas falsas en la clandestinidad. Le producía unos ingresos propios, al margen de los familiares, de los que no había de responder ante nadie. Y a Francisca, como mujer, le sucedía lo mismo, ya que ella dependía de su padre, quien le conseguía las especias para elaborar

sus perfumes y, por tanto, se consideraban ganancias familiares hasta que contrajo matrimonio. Lo más curioso de esa extraña alianza había sido el raro contacto entre ellos. Jian le había proporcionado el enlace, en forma de servicio doméstico, allá donde fuera la mujer.

Francisca intuyó su presencia y se volvió para mirarlo. Sólo entonces Jian se atrevió a entrar en el aposento y se inclinó a modo de saludo.

—A pesar de los años que llevamos siendo socios, si me hubiera cruzado con usted por la calle, no lo habría reconocido —admitió la mujer. Se levantó, a pesar del agotamiento, y le devolvió el saludo a la forma oriental.

Lo había tratado como a un europeo de su misma clase, no se había dirigido a él con el despectivo voseo de los criollos filipinos, que ya no se empleaba en la Península.

—¿Se sabe quién fue? —indagó Jian, poco propenso a perder el tiempo con palabras huecas.

—No, pero lo encontraron junto al almacén. Sospecho del contable, pero puede que se encuentre en Macao. No hay pistas.

—Está en Macao y ya se ha colocado.

—A la mente me llega otro sospechoso, pero carezco de algún indicio que lo implique.

—Esteban. ¿Cuánto hacía que no entraba en esta casa? —inquirió Jian.

—Nunca había estado aquí. A la muerte de su madre, María Ronzal, mi padre contrajo segundas nupcias con mi madre, doña Lisarda Ledesma. No me reconocen como familiar mis hermanastros; sin embargo, tras años de mirarnos como enemigos, me ha extrañado verlo en esta casa y ofrecerse, solícito, a ayudarme.

—¿Y ahora qué será de usted sin el amparo de un hombre? —planteó Jian.

—Me sumiré en el dolor, en los recuerdos. Esteban vendrá mañana para ayudarme. Me temo que la Casa de Muñoz absorberá la casa comercial de mi marido.

—No lo permita, sus hermanos no la respetan. Usted es fuerte. Yo la ayudaré.

—No puedo permanecer sola en Cantón, y los factores no me dejarán acercarme a los barcos ni me permitirán participar en los cargamentos.

—Lo sé, pero puede hacer una fortuna. Oro y plata sobre la que no podrán poner sus manos. Es complicado hacerse un sitio como factor en Cantón por las limitaciones del emperador, y se pagan bien un almacén y contactos. Yo buscaré compradores y los enviaré para que pujen. ¿Volverá a Manila o aceptará otro matrimonio?

—¿Otro matrimonio? —Se irguió como si le hubiesen escupido.

—Querrán hacerse con su fortuna sin pagar —aclaró Jian, sin ocultar el sarcasmo.

Francisca soltó una risa amarga y apagada ante la descarnada idea que había expuesto su amigo.

—No se halla en mi ánimo, y mi marido está aquí presente. —Sabía que se aferraba a un cuerpo sin vida, pero para ella era real—. Me inclino por su plan de venta, y yo me instalaré junto a mis padres. Si el comprador es de España, que las letras sean pagaderas en Cádiz, y si es de Nueva España, para depositar en un banquero de Ciudad de México.

—Cuando regrese a casa, recuerde: nunca revele lo que sabe y no sabrán lo que ignora. Es la base de cualquier relación comercial o familiar. En cuanto a esa pequeña fortuna que cobrará, estimo muy inteligente mantenerla fuera del alcance de la familia: si le sucediera algo a su padre, quedaría a merced de sus hermanastros. Investigaré a Esteban, a quien no le falta motivo y que tan oportunamente ha aparecido para hacerse cargo de sus problemas.

Jian dio por terminada la entrevista, se inclinó y se retiró. Fei lo aguardaba en las cocinas. Hacía un par de años, en 1794, el marido de Fei y sus hijos habían participado en la rebelión del Loto Blanco contra los impuestos y la corrupción de los mandarines del gobierno Qing y habían muerto en las refriegas. Las protestas continuaban actualmente, pero los *han* habían aprendido la lección y actuaban como guerrillas. Lo cierto era que la situación se había vuelto bastante confusa para todos, y no parecía que aquello fuera a terminar. Fei, perseguida por las autoridades porque había formado parte de una de esas guerrillas, había viajado hasta Cantón, donde vivía de la caridad. Jian había conocido su historia cuando

estaba buscando a alguien con formación en la defensa personal y que fuera de confianza para escoltar a Francisca durante sus estancias en Cantón. El contrato le había devuelto a Fei el orgullo de casta y la independencia, y Jian había ganado su fidelidad. Allí, en el distrito de las factorías, no la encontrarían las autoridades chinas.

—Protégela. Un cuchillo busca su vida —ordenó Jian, antes de perderse en la noche.

No estaba permitido enterrar a los muertos, así que Francisca había incinerado a Severino y regresaba a casa con una urna que contenía sus cenizas. Vestida de negro y cubierta por un velo de encaje del mismo color pese al calor, se bajó de la silla de manos escoltada por Fei, que no la dejaba sola. En el porche de la casa la aguardaba el esquivo galeno del distrito, en esta ocasión, sereno.

—Le presento mis condolencias, señora. Y espero que acepte mis disculpas por no haber estado en mi puesto.

Francisca lo observó con desapego. Se había arreglado y la ropa lucía limpia; sin embargo, no podía esconder la cara y la nariz, abotargadas y cruzadas por miles de venillas rojas a causa del alcohol. Era joven todavía, a pesar de los excesos. Se decía que había desertado de un barco y se había negado a subir en ningún otro después de lo que había calificado como una terrible experiencia. Y así se había visto atrapado en Cantón.

—Nadie lo fue a buscar, pues Esteban expresó la dificultad de encontrarlo, así que no tiene de qué disculparse —replicó, cansada de tener que lidiar con los pésames y deseando estar sola.

El hombre parpadeó confuso.

—Su hermano Esteban sabía dónde me hallaba; es más, él mismo me sugirió ir a un sitio.

—¿Y cómo ha sido eso? —El interés de Francisca se despertó de golpe, superando la tristeza y el hartazgo.

—Vino después de la comida y me invitó a la cantina. Allí estuvimos hasta la media tarde y me sugirió... Perdóname que no le cite el lugar, pero Esteban conocía mi paradero.

—¿En los brazos de Venus? —sugirió Francisca—. ¿Y Esteban?

—Es una forma agradable de decirlo. Él se despidió, pues lo apremiaba un negocio.

A raíz de esa entrevista con el médico, Francisca comenzó a indagar los pasos de Esteban. Con ayuda de uno de los empleados de su marido interrogaron, sutilmente, a uno de los empleados de Esteban, quien dio razón puntual de las idas y venidas de este, y descubrió que nadie lo había visto esa tarde. Las pesquisas en el resto del recinto de las factorías confirmaron esa extraña desaparición después de dejar al galeno.

Esteban había dado la estocada, al quitar a Severino del camino a su ambición, pero Francisca, manteniendo un gran dominio sobre sus emociones, realizó el descabello.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuando Fei anunció a Esteban.

—Vengo a ayudarte con los asuntos de tu marido. He escrito a nuestro padre y le parece bien que anexionemos las dos casas.

—¿Ahora es «nuestro» padre? —Iba a arremeter contra él cuando recordó las palabras de Jian Zhou de no descubrir lo que sabía—. Es igual lo que vosotros hayáis decidido: he vendido la empresa, y, por cierto, me la han pagado muy bien. —Se calló que se había quedado con los réditos de los fardos que viajaban en los barcos de la Casa de Ustáriz. Le hacía falta abrir un crédito allí de cara a futuras transacciones independientes de la familia, y la Casa de Ustáriz era una firma de garantía.

La cara de Esteban pasó de la sorpresa a la reflexión y de ahí a la ira y al odio. Al menos, este último le resultaba familiar, ¡qué ironía!, y no el guante de seda que había mostrado desde el fallecimiento de Severino. ¿Sería el asesino? ¿Se habría atrevido a tanto? La declaración del médico la inclinaba a pensar que estaba detrás del asesinato.